Paisajes del alma

Cielo y tierra tocándose en un horizonte que adopta diferentes formas para facilitar el ser soñados en una poética de la inmensidad íntima. Conviven, hablan, intercambian silencios y caricias, se buscan para fundirse en un parpadeo. Van y vienen como el silencio, volando como si fueran mariposas del otoño. Dos elementos que se aprietan para ser imaginados abrazándose o vertiéndose sobre el otro. Dos elementos que invitan a ser soñados como paisajes del alma. Dos materias que sintetizan lo inmenso y lo profundo.

Cielo y tierra escuchando el susurro de sus memorias al mismo tiempo que baten sus alas dulcemente permitiendo que el silencio de los recuerdos se pose paulatinamente sobre el tiempo. Ambos se dejan soñar más allá del mundo y cuando lo hacen en intimidad es cuando el reposo se enraíza sustancialmente en el alma

En estos parajes del alma lo inmenso y vasto deviene en profunda intimidad. Ahí, tan hondo, hay un ensueño apacible no exento de amenaza e inquietud. Esa intimidad esencial muta en poesía resonante con la contemplación de una grandeza que transforma al observante en sujeto admirante, tomando éste conciencia de que esa inmensidad comienza a crecer en él.

Cielo y tierra pueden llegar a ser el eco de un sueño por soñar, donde puede habitar el sol o descansar la luna. Entre ambos jamás hubo tanta luz para caer en las sombras. Luz y sombra dibujando el contorno de una sonrisa, pero también, espalda contra espalda, lanzándose torpes reproches para herirse y ser habitados por la soledad. Entonces entre ambos manan viejos rumores inclinados hacia el invierno y el sereno atardecer queda amenazado. La zozobra camina de puntillas sobre un sueño que no puede ser soñado, el ocaso desdibuja la luna y el sosiego abandona el paisaje. Entre ambos crecen seres inmateriales que buscan el viento para escapar con él. Temen que la noche y el hielo caigan como hojas tardo-otoñales.

Una tierra propicia a esconder en sus entrañas las cosas que le son confiadas, dueña de lo profundo, del misterio, protectora y atrayente, ambivalente, resistente y soñadora, celosa de su intimidad y seductora de la imaginación. La forma y el color imaginados de la tierra nos implican profundamente arraigando en el fondo del inconsciente, permitiendo soñar, cándidamente, con la intimidad terrestre, donde todas las semillas germinan lentamente: otro sueño de reposo.

La tierra soñada detesta quedarse en la corteza de las cosas, pide a la vista ser lo suficientemente penetrante para mirar lo que no se ve. La tierra también se deja soñar como polvo que aspira a poder competir con los pájaros, polvo ascendente para adquirir ligereza, vuelo sin alas. Otra manera de parecer inmaterial.

Junto a la tierra, un cielo productor de luces, erigiéndose en un espacio que no puede ser medido pero sí vivido, soñado, imaginado y que se ofrece como nido de la inmensidad.

En el cielo vive un azul que busca un alma a tintar, un azul aéreo pero con vocación de cubrir lo terrenal creando una estética de la ocultación, un azul de la palidez para acoger la calma y la ligereza y que puede contener toda la melancolía del ensueño aéreo,

propiciando al soñante fundirse con su dulce universo. También un azul con exceso de materia agresivo y amenazante pero siempre incorruptible.

En efecto, el cielo derrama su azul sobre la tierra sembrándola de nostalgia y soledad, donde la lejanía y lo inmediato se funden dejándose soñar en una sola dimensión, lo profundo, donde ese azul se hunde en el sueño y emerge la dinámica de una serena intensificación.

Un cielo soñado, vivido, admirado, una aurora perenne que esconde un despertar y muestra constantemente una dinámica ascensional, un sueño de vuelo, un dejarse llevar por el viento tranquilo con la actitud de no turbar el reposo de los aires dormidos, de los aires de antaño. Otra forma de serenar el alma.

En este cielo hay un viento nacido de un sueño de la tierra, un viento que va y viene con alguien, un viento ambivalente, dulce y sereno, desdichado y puro, un delirio, quizás una ensoñación de un recuerdo, un viento que llora y se lamenta, solloza y se queja porque quisiera llevar muy lejos lo íntimo y la luz.

Hay un cielo que se deja marcar con una estela en medio de un mundo que se va apagando poco a poco sobre un horizonte poco ágil que aún no sabe dónde encontrar la luna, un horizonte que se mueve con sigilo como si leyera una mano encallecida, un horizonte que se deja mirar eternamente con la esperanza de que le brote una flor del pasado, un horizonte que se deja pintar un paisaje con dimensión humana para que la inquietud y la calma se fundan en él.

Cielo y tierra esperando recuperar la levedad de la inocencia al abrazarse sin necesidad de hablar de la infancia, sin necesidad de jugar con la inocente brisa que acaricie la luna o con el ingenuo baño de un sol del pasado.

Cielo y tierra besándose como dos adolescentes, rozando sus labios temblorosos sin saber aún dónde está el mundo, saltando un destello emancipador de un labio a otro en un anhelo de algo más.

Finalmente el cielo, la tierra y mi ánimo, una confluencia destilada de la ensoñación y la poesía, ingenuos paisajes íntimos e intensos que nacieron de la mano del agua y el pigmento.

Sueño material. Materia de ensoñación.

JARomán